

VESTA

Imposible comprender cómo se desarrolla en el pueblo romano la vida y la historia completa de sus mujeres, que tanto influjo ejercen y que tan alto papel desempeñan á una en su historia, sin distinguir bien y caracterizar bien aquel tipo superior que personifica en los cielos y en la tierra el genio de los hogares antiguos, la diosa Vesta. No busquéis en la religión de Roma la regocijante originalidad y el interés dramático de las religiones griegas. Viniendo más tarde y representando un papel diverso el mundo latino, su mitología carece del corte artístico y poético manifiesto en la mitología griega. El culto varía un tanto entre los romanos; el dogma permanece y perdura. Los genios del cielo y los genios de la tierra, los que representan el esfuerzo bélico y los que representan el esfuerzo agrícola, las divinidades campestres y las

divinidades astronómicas, aseméjase mucho en uno y otro pueblo. El Fauno canta en los árboles; el Apolo délfico brilla en los rayos del sol esplendente; pelea Marte y ríe Flora; Ceres puebla de trigo los campos; y Neptuno remueve los mares cual si no hubiera sufrido cambio ninguno el genio humano, al pasar de unas á otras fases, en su transformador y progresivo movimiento. Pero hay dioses, que, teniendo y conservando sus orígenes y caracteres griegos, suelen estar más en consonancia con el genio y con el pueblo romano, con su naturaleza intrínseca y con su épica historia: Jano, por ejemplo, Término, Vesta. Detengámonos ante la última, quien realmente personifica los hogares y representa el genio de la mujer dentro de la familia. Su nombre se deriva, como tantos otros nombres cuyas raíces ignoraban los antiguos por desconocer la relación filológica y fisiológica entre la India y la Grecia, su nombre se deriva del sanscrito y dice ya en sus orígenes lo que debe representar la diosa en su apogeo y en su cenit: hogar y habitación. Vesta, por tanto, será la divinidad más doméstica entre todas las divinidades romanas. Y si, por una extensión de su tutela, protege, además de los municipios, las casas, deberáse tal protección á que los romanos miran de antiguo en sus cabildos municipales una extensión y aumento del hogar. Úne-

se á Vesta, como en la callada noche á los astros mayores los menores, todo el coro de las divinidades llamadas penates y reconocidas como tutoras natas del templo doméstico. Vestíbulo proviene de Vesta, por el sitio de la casa consagrado á su culto, como penates viene de *penus*, que quiere decir tanto como comestibles ó provisiones, merced á lo cual se les ofrecían los mejores productos de la cocina y se les reservaban los mejores platos del comedor.

Así como en el grado inferior de la escala doméstica se halla el esclavo de servicio y el bruto de carga, en el grado superior se hallan los lares y los penates. Sin ellos no se abriría la puerta, no luciría el sacro fuego que mantiene la vida, no se convertiría el tálamo en una especie de sacrosanto altar. Existían en Roma, mejor dicho, en el mundo romano, ciudades santas, como existen hoy en el mundo católico. Así como nosotros tenemos al Oriente Jerusalén, al Occidente Compostela y en el centro Roma, los antiguos romanos tenían ciudades santas como Alba, como Lavinia, como la Ciudad Eterna misma. Y en la segunda el culto á Vesta relacionado con la venida y arribo del pío Eneas, tenía mucho y muy estrecho parentesco tradicional con el mundo troyano. Sucedia en aquellos tiempos lo mismo que sucede ahora; los pue-

blos paganos solían disputar entre sí la posesión de los penates, cual hoy disputan los pueblos católicos la posesión de muchos santos y de muchas efigies. Aldeas y ciudades hay que litigan todos los años en competencias tradicionales por el privilegio de presidir una procesión y de celebrar una fiesta. Alba, en virtud indudablemente de tradiciones y costumbres análogas á éstas, había querido llevarse los penates residentes en Lavinia y sus templos; pero cuantas veces lo intentó y logró, volviéronse por sí mismos ellos á su primitiva residencia. Necesitada Roma para extender su sacra soberanía de combatir todos los pueblos circunvecinos, desarraigó del suelo con su acostumbrado furor á la incomparable Alba, pero no pudo realmente desarraigar con igual facilidad Vesta y su templo, defendidos por mil sacros y antiguos sortilegios. Voces misteriosas, apariciones fantásticas, augurios múltiples, celestes y reveladoras señales precavieron á la diosa del hogar y la sacaron incólume de tantos y tantos horrores como traía consigo aparejados la continua implacable guerra.

Mucho ha disputado la erudición moderna sobre los orígenes del culto prestado por los romanos á Vesta. Pero su Rómulo, su fundador, hijo es de tal divinidad según unos, y según otros de una sacerdotisa suya. Marte, dios de las batallas, y Vesta,

diosa del hogar, debían juntarse para la generación del héroe destinado á traer el mundo romano á la sociedad y á la historia. Por consecuencia, Rómulo no debía olvidar á Vesta. Mas la tradición quiere que su culto se haya debido al rey sacerdotal representante de la sacra monarquía hierática. Y Numa, queriendo que todos los individuos de una misma familia tuvieran hogar común, fundó el culto de Vesta sobre la piedra donde ardía la lumbré doméstica, y queriendo luégo que todos los romanos hogares tuvieran otro superior y colectivo, fundó el templo semicircular de Vesta en la montaña Palatina. Aunque se hallaba el templo abierto á todos los fieles y hasta circuído en su exterior de toldos que ofrecían á éstos grata sombra, un punto hubo siempre, al cual llegaban solamente las vestales tan sólo, el Paladio. Véase bien pronto que aquella especie de religión se combinaba con una especie de higiene indispensable á las familias. La conservación del fuego sagrado indicaba tanto como la necesidad imprescindible de conservar á las instituciones domésticas un común espíritu, en el cual todas pudiesen respirar y vivir, aspirando, como deben los seres colectivos, á la perpetuidad. La purificación perpetua del alma y la nítida limpieza del cuerpo en las vestales no quiere decir otra cosa en puridad sino la divinización del aseo. Por tal ra-



zón, el agua representa y significa en estos altares y templos tanto casi como el fuego, y cerca de todo santuario consagrado á la diosa doméstica de los romanos fluían fuentes ó corrían arroyos destinados á las infinitas abluciones usuales en aquella liturgia.

Hija Vesta de Saturno y de Rea, su padre representa el generador inmortal de todos los seres, el tiempo; su madre representa la fuerza de conservación que tiende á salvar los productos ó hijos del tiempo á la voracidad insaciable del mismo que los ha producido y engendrado. Saturno es el tiempo, que produce; Rea es la tierra, en quien Saturno engendra sus productos, sus hijos. Imaginaos el dolor de Rea, de la tierra, tan productora, viendo que su prole, á tanta costa generada y parida, desaparece en los senos de su mismo padre, como la lluvia que de sus ondas evapora el mar, y luégo, al desprenderse y caer sobre su seno, la extingue y la devora entre los tumultos y remolinos de sus aguas. Primogénita del Tiempo Vesta, y salvada milagrosamente por su madre Rea, debió hacer voto verdadero de castidad, puesto que llegó á rehusar en casamiento dioses tan bellos y tan jóvenes como Apolo y Mercurio. Queriendo el Tiempo, su padre, sin duda premiar tanta virtud, declaróla genio primero y más sacro del hogar. Por eso tuvo

la prerrogativa y privilegio de recibir todas las ofrendas y representar la eterna religión doméstica. Verdadera fiadora de la legitimidad en toda familia es aquella virtud que á todas las otras virtudes femeniles excede y sobrepuja, la santa castidad. Por su obra, por su eficacia, sabrá el padre cómo sus hijos le pertenecen y cómo al heredarle no le roban. Vesta, pues, fué con razón llamada por los romanos á representar en el mundo antiguo la perpetuidad de la lumbre doméstica y la perpetuidad también del doméstico espíritu, que á los antiguos les parecieron siempre consubstanciales é idénticos.

Lo hemos dicho muchas veces y lo reiteramos ahora. El estado en la Ciudad Eterna proviene de la familia y de la casa. Las instituciones públicas aparecen allí como una dilatación indispensable de las instituciones privadas. Por eso Vesta se nos aparece como una venerable abuela de la casa particular y de la ciudad pública. La llama virgen del fuego sacro no da ningún sér de sí, pero en cambio sostiene y vivifica á todos los seres. Por eso han puesto los ritos á Vesta en el vestibulo, en el ingreso, en el portón, para que sea en todo la primera. Ovidio asegura en sus *Fastos*, maravilloso poema de teogonía é historia romana, que Vesta no tuvo efigie alguna en los antiguos tiempos; pero induda-

blemente equivocase como tantas otras veces el gran poeta, pues han llegado hasta nosotros estatuillas y efigies reveladoras del culto prestado por los antiguos á tan casta y pura diosa. Escopas la esculpió cien veces, poniéndole túnica talar ceñida por fuerte cinturón al cuerpo, sobre los hombros amplio manto, en la cabeza un velo, á la mano siniestra largo báculo en forma de cetro como los reyes antiguos y á la mano diestra una lámpara donde ardiera y brillara el sacratísimo fuego destinado á la grande animación de los hogares. Una de las particularidades que tiene la diosa en su culto es el papel representado por animal tan humilde y modesto como el asno. Efectivamente, las lámparas consagradas á diosa tan próspera rematan en cabeza de burro. Pero no debe maravillarnos esto, si recordamos cómo lleva cada cual de los dioses antiguos ejemplares de las especies inferiores á su lado. El Fauno sileno se contentaba para caminar con esta sencilla montura, y un día que Príapo, muy tentado, como decimos nosotros en lengua familiar, de la risa, viendo en una siesta dormida la diosa bajo la sombra de un árbol y sobre la mullida verde hierba, quiso besarla; y al aproximarse, creyendo estar solo, el asno dió un rebuzno tal, que á su estrépito se despertaron los dioses del Olimpo é impidieron el terrible desacato.

Vesta representa, en suma, la llama que ilumina y que calienta. El culto á esa vivificadora llama está en las ideas más fundamentales y en las tradiciones más puras de nuestra humanidad. Penetrados los espacios infinitos por el éter se animan y encienden á su calor y á sus resplandores. Suprimido, y la nada se tragaría bien pronto al universo entero, caído en sus insondables profundidades, vacías de todo sér, y envueltas en el frío y en el silencio de noche perdurable. Por esta persuasión de que jamás puede faltarnos el sol, por esta certidumbre de su perennidad, por esta confianza ciega en su reaparición diaria duramos y perduramos los mortales en la tierra, que así, penetrada por sus poros de luz verdaderamente creadora, vive, florece, anda en la inmensidad llevando como inmenso nido el coro de sus seres, los cuales perecerían bien pronto si les llegase á faltar el éter en que sus senos esclarecen y el calor en que los animan y los encienden. La luz por lo infinito se dilata; la luz en los soles y en los mundos se concentra; la luz hiere la retina del hombre y hasta su cerebro acalora; la luz tiñe los cielos de azul, los cálices y corolas de matices varios; la luz endulza las mieles contenidas en todos los frutos; la luz pone desde los gorjeos en las arpadas aves hasta las notas en el concierto de las esferas celestes y en sus eternas armonías.

Así es libro de la luz el libro de los vedas; es culto á la pura y alma luz ese primer culto de la civilización universal en cuyos albores amanece con todo su esplendor el espíritu que nos vivifica; es culto á la luz esa religión de Zoroastro sorprendida en los desiertos caldeos al centellear de los astros en las serenas y luminosas noches asiáticas; es culto á la luz así el fuego ardiente puesto sobre las piedras del ara como la pira puesta en los bordes del sepulcro; es culto á la luz el cirio encendido en las iglesias nuestras, y la oscilante lámpara en la puerta de los santuarios aparecida como una estrella sobrenatural errante y roja; es culto á la luz desde los preludios del día cantados por las alondras antes del amanecer hasta la oración tañida por la campana en lo alto de la torre cuando se apaga el último crepúsculo; es culto á la luz desde aquel pastor Indra calzado con sus borceguíes celestes y ceñido su manto de puro éter hasta el Verbo alexandrino, á quien llama el Cuarto Evangelio resplandor de resplandores; y, por último, es culto á la luz el culto prestado por los antiguos á esa diosa Vesta, en cuyos altares brillan y arden desde las llamas de cada hogar privado hasta las llamas en que se anima y por cuya virtud perdura la Ciudad Eterna. Hogueras de regocijo y hogueras de duelo; candelabros de Jehová con sus brazos cabalísticos

y relámpagos del celta conmovido á los fragores de la tempestad; luna que se levanta en los robledales del Norte cubiertos por los musgos del muérdago y estrella que riela en las aguas del africano Nilo y en las arenas del desierto; columna de fuego que guía en su éxodo al israelita y estrella del polo que fija un punto inmóvil al navegante perdido á merced de las olas y de los vendavales; todos estos aspectos de la luz, tan queridos y adorados en la sucesión de los siglos, no representan ni significan otra cosa que los varios símbolos donde se ha encerrado y contenido desde tiempo inmemorial esta inextinguible alma del Universo, cuyos resplandores nosotros necesitamos, no sólo en el apartado sol, adonde van los planetas ansiosos de recoger sus días, en el hogar cercano á nuestro cuerpo, que cuece y calienta la comida sustentadora de nuestros hijos y mueve desde los átomos colorantes del rosado licor que corre por nuestras venas y arterias hasta el fósforo necesario á nuestro cerebro. Mirad el cadáver falto de calor y decid luégo si debe la humanidad adorar como adora desde la luz del sol hasta la llama del hogar.

Las casas de Roma tenían y guardaban sin excepción alguna sus altares consagrados al fuego doméstico. Cuando la llama no chisporroteaba con todo su estruendo y en todo su lucimiento, había,

bajo las cenizas, los carbones más ó menos apagados del necesario rescoldo. Todo en torno del altar, donde tal elemento se guardaba, debía ofrecer pureza por signo y símbolo de la femenil castidad. Así estaba prohibido alimentarlo con materias impuras ni oscurecerlo con la perpetración en su presencia de cualquier acto indigno. Su extinción se consideraba como uno de los mayores males sobrevinientes á la casa y su reanimación pedía ritos de suma trascendencia y entidad. No podía encenderse un fuego sagrado en otro fuego sagrado; precisaba sacarlo del eterno de vida donde arde por una eternidad el calor universal. Por la concentración de los rayos solares ó por la frotación de materias combustibles obtenían las necesarias reanimaciones. Así, ¡ah!, solamente así merecía el nombre de puro y aquella devoción tan intensa que le consagraba saluciones sin cuento. Ningún romano se partiera de casa nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezara ni á comer ni á beber sin partir su comida con el dios y ofrecerle de grado la porción de vino á él correspondiente. La comida tomaba por esta liturgia todos los caracteres sublimes de un verdadero acto religioso. El pan, y el vino, y la carne, quedaban consagrados por divinas señales y por antiguos ritos. Así Vesta, esa diosa de la llama doméstica, representaba

la familia; pero no sólo esta familia viva que se reúne todos los días en torno de una mesa, la familia muerta y ausente, arrastrada por el río de los tiempos al profundo sueño y vuelta de grado al culto y al rito diario por medio de sus manes. En tal modo este culto de Vesta sobrepujaba naturalmente á todos los cultos romanos, que los matrimonios allí no se celebraban en el templo como entre nosotros se acostumbra generalmente, celebrábase de antiguo en el hogar, como santuario más propio de la familia y más guardador de sus particulares tradiciones. La promesa de casamiento, dada siempre al novio por el padre de la prometida, se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas y á la potestad sobre todas ellas consiguientes también se verifica sobre las aras del hogar y á presencia de su llama; una viva oliente antorcha precede á la novia, quien, vestida de blanco, y coronada de flores, y cubierta de velos, pasa desde la casa paterna á la casa matrimonial; y cuando ha entrado aquí sin tocar en el dintel, como los dentro nacidos, lo primero que debe hacer, para tomar sus sacros caracteres de verdadera esposa, es ir á la lumbre de su hogar nuevo y cocer una torta, que después de haber ofrecido á sus progenitores conmemorados en mil signos varios, parte con su esposo, iniciando así la consus-

tancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. En el culto profesado á sus gentes por el romano antiguo no debe maravillarnos que Vesta levantara su cabeza sobre todas las divinidades y tuviera de suyo entre todas ellas una incontestable superioridad idéntica en su fondo á la que tenía la familia sobre todas las viejas instituciones. El padre, la matrona, el hogar, la patria potestad, el rito familiar, los clientes, los abuelos y progenitores, los manes del ascendiente, la religión de los muertos, los nombres propios y los cognómenes, ciertos privilegios políticos, ciertas dignidades religiosas, todo lo más esencial y respetable de aquella sociedad, todo iba unido indisolublemente á esta institución de la familia que generaba, no sólo el Estado, sino toda la romana sociedad.

La religión romana es una especie de ideal de la ciudad. Todos los factores que penetran en su política penetraron antes en su teogonía. La fase principalmente religiosa del antiguo mundo histórico pertenece al Asia; la fase artística y científica pertenece á Grecia; la fase política y jurídica pertenece á Roma. El Oriente me parece un mundo de invención; Grecia me parece un mundo de transformación; Roma, por su parte, me parece un mundo de aplicación. De consiguiente, su teogonía será mucho más positiva que la teogonía griega,

y estará mucho más correlacionada con el Estado y con la jurisprudencia. Nada en Roma de aquellos dioses nacidos en la poesía griega que aun llevan los nombres por los griegos puestos á sus divinas individualidades en los cielos y en los campos; nada siquiera del doble poema cantado por los aedos en las islas jonias al són de los mares ceñidos por fosforescencias deslumbradoras y perlas y corales riquísimos; nada tampoco de la epopeya solar y hierática resumida por el semidiós Orfeo, ni de la epopeya cosmogónica trazada por el casi homérico Hesiodo; labradores primitivos y austeros, los habitantes del severísimo Lacio, no entenderán cosa de tales maravillosas creaciones, y reduciránse á una religión de agrícolas, donde yuntas, rebaño, lobos, perros, pastores, alcanzan apoteosis dignas de imaginaciones dadas á divinizar todo cuanto les circunda. ¿Qué podía llevar el pobre latino á sus olimpos prehistóricos, allende los instrumentos de su labranza y los animales varios con quienes se hallaba en comunicación ó en guerra? El etrusco, el primer pueblo de vieja cultura con quien tropieza en su camino, le llevará recuerdos y residuos de Grecia; los libros sibilinos, inspirados en las tradiciones orientales, ensancharán los horizontes de sus recuerdos; pero, en suma, lo mismo aquellos dioses brotados en las campiñas